

[PLUMAS AL VUELO]

**ESCRIBIR-DIGITAR**

● JESSICA NIETO

**C**on qué tenacidad escribimos. No solo quienes de alguna u otra forma nos dedicamos a la escritura, sino una gran parte de las personas en este planeta. Escribimos todo el tiempo: es por la escritura que nos vinculamos a través de las redes sociales; es por la escritura que mantenemos conversaciones –a veces larguísimas– con nuestros conocidos o amigos; es por la escritura que construimos nuestras identidades digitales; es por la escritura que estamos en contacto.

## LA ESCRITURA SE TRAZA, SE DIBUJA. PERO DESDE HACE TIEMPO LA ESCRITURA TAMBIÉN ES CÓDIGO, ES DATO.

Los abecedarios nos conectan. La escritura, en diversas formas, se despliega por nuestras pantallas para nombrar, informar, decir. Muchos dirán que este tipo de escritura es burda, básica, que por lo general no contiene entramados de significación y simbolismo, y no genera reflexiones profundas. Que se trata de una escritura cotidiana sin trascendencia. Una manera de sustituir el habla, el contacto cara a cara, el sonido de la voz. Yo, en cambio, lo encuentro maravilloso: que personas de todo el mundo se vuelquen a la escritura, aunque sea así, tecleada; aunque sea así, burda, básica, cotidiana... pero que por un momento o varios momentos de su día se detengan a pensar qué escribir; y que piensen en eso: en escribir, en formar palabras, oraciones; en combinar texto con imagen; en sustituir letras con emoticones u otros signos; que imaginen; que nos echen en cara a los puristas del lenguaje —porque yo, claro, como editora no me salvo de serlo— que la escritura puede ser y es ESO, me resulta fascinante.

También habrá quien diga que eso no es escribir: que escribir es una acción mucho más compleja que simplemente digitar teclas, que por extraordinarios avances en la tecnología, esos botoncitos

que presionamos se transforman casi alquímicamente en datos, en universos de información que de tan vastos, tal cual, no nos damos abasto, y mucha de esa escritura queda flotando en el limbo de la red, sin ser leída, sin ser compartida, sin impactar. Que escribir es algo que debe tener cierto peso y cierto espacio. Que las letras deben caer como un golpe seco sobre las hojas y violentarlas. Que esa violencia que ejerce la escritura en el instante de su aparecer debe ser consecuencia de un pensamiento primero. Que hay que tomar la pluma, el lápiz. Que la escritura es trazada... Y sí, la escritura se traza, se dibuja. Pero desde hace tiempo la escritura también es código, es dato. Y el teclear —o digitar, prefiero esa palabra—, aunque no se limita a la generación de texto, es una acción que abraza a la escritura y le permite otro tipo de proyección.

Justo preparo este texto valiéndome de mis dedos. Digo. Y quién puede negar que esto que va apareciendo en mi pantalla es escritura. Nadie. Tiene toda la apariencia de serlo. Lo que varía es su manera de aparecer y el formato donde aparece. Y esto mismo es extraordinario. O quizás no, la verdad, como lo

afirmé al inicio de mi columna, el escribir así es ya una cotidianidad. Sin embargo, yo no dejo de asombrarme y es ese asombro el que me gustaría dejar patente: el escribir, aunque lo realice el o la mejor de los escritores literarios del mundo, es algo tan tremendamente habitual que muchas veces olvidamos que esto que hacemos y que nos enseñan de manera tan automática desde niños, es un gesto exclusivamente humano, que representa cierta cúspide de nuestra evolución y de nuestra inteligencia, y que su invención viene de la mano con otro gesto muy humano que es el afán de trascendencia y dejar una huella en la memoria de los demás. La escritura ha sido y es el testimonio del paso de la humanidad por este mundo.

Pienso que es por eso que escribimos con tanta tenacidad. Todos queremos dejar una huella: la huella de nuestra escritura, ya sea trazada, tecleada, grafiteada, pulsada. Pareciera que no lo hacemos con esa intención o no reparamos en ello al momento de detenernos a pensar qué escribir en nuestro Facebook o en Twitter; qué hashtags agregar en la imagen que subimos a Instagram o Pinterest; qué textear en los grupos de WhatsApp... porque estos gestos, cotidianos, están ya tan interiorizados, que uno no cree en la posibilidad de su trascendencia. Pero yo creo que hay que creer. Por habitual que sea escribir, o digitar, estamos perpetuando un gesto milenar que nos define como humanidad. ●